

LAS NARICES DE LOS FILÓSOFOS



Una **HISTORIA** de la **FILOSOFÍA** a TRAVÉS de

• 50 PENSADORES ESENCIALES •

CARLOS GOÑI

Ariel

Carlos Goñi

Las narices de los filósofos

Una historia de la filosofía
a través de 50 pensadores esenciales

Ilustraciones de Joan Oriach

Ariel

Primera edición: junio de 2008
Primera edición en esta presentación: septiembre de 2025

© Carlos Goñi Zubieta, 2008

© por las ilustraciones, Joan Oriach

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-344-3953-5
Depósito legal: B. 13.389-2025

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

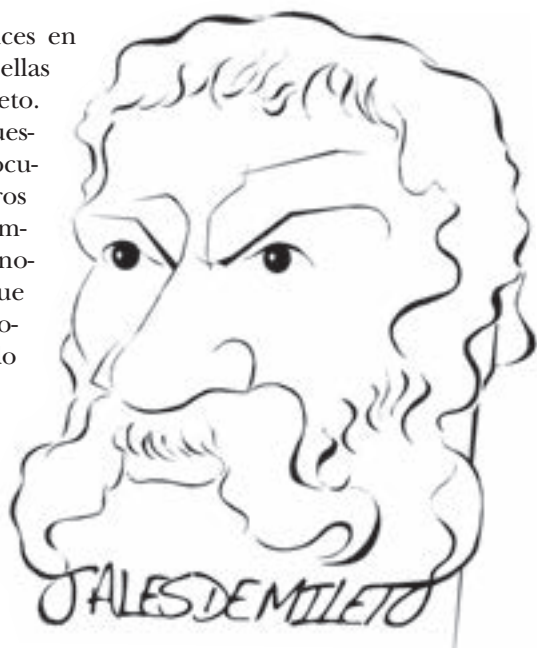
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



1. TALES DE MILETO

*Por contemplar las estrellas
se dejó las narices en el suelo*

El primero en meter las narices en asuntos filosóficos, y dar con ellas en el suelo, fue Tales de Mileto. Allá por el siglo VI antes de nuestra era, vivió un sabio tan preocupado por las órbitas de los astros que siempre andaba contemplando el cielo. Ocurrió una noche, como era de esperar, que iba abstraído en sus meditaciones celestes y celestiales cuando tropezó involuntariamente. El traspié le hizo caer en el hoyo preparado para plantar un árbol. Cuentan que una criada tracia que tenía se rió de él sin mesura. El pobre Tales, buscando respuestas en las alturas, se dejó las narices en el suelo. Pero, curiosamente, el busto que nos ha llegado de él no tiene la nariz rota, como en muchos otros, sino firme y bien plantada, dispuesta a llegar al fondo de todas las cosas, aunque se interponga el duro suelo en su camino.



Desde que ocurrieron los hechos que he referido, los filósofos tienen fama de despistados. La desenfadada anécdota de Tales los ha delatado. Viven pendientes de un mundo que no es éste, como suspendidos en las alturas, donde buscan la razón de todo, el porqué de lo que ocurre, lo que hay detrás de lo que hay. Como el niño curioso que busca detrás del telón el origen de las voces y del movimiento de las marionetas, del mismo modo, los seguidores del de Mileto indagan las causas de todo lo real.

Para aquel viejo sabio, mirar tras el telón era sinónimo de buscar una *archè*, un origen o principio de todo. Es decir, que meter las narices significaba indagar qué elemento material, qué *archè*, entra en la composición de todas las cosas. Elegir un principio de todo suponía un gran atrevimiento; suponía, nada más y nada menos, el convencimiento de que un simple humano podía conocer los secretos del universo. No importaba tanto cuál sería ese principio —eso era lo de menos—; lo esencial consistía en pensar como si todo se originase de un solo elemento. ¡De qué forma tan simple nació la filosofía!

A Tales se le ocurrió que el principio de todo, el elemento común a todas las cosas, era el agua. Esta idea tan simple, que nos ha llegado bajo la fórmula, también muy simple, «todo es agua», genera un pensamiento original, fundamental, filosófico. Esta fórmula tan escueta refleja una concepción del mundo, una forma de explicar la pluralidad y el cambio que observamos en la naturaleza, un modo de entender la realidad. La pregunta que surge inmediatamente es ésta: ¿qué clase de mundo podemos esperar si todo procede del agua?

No un mundo acuoso (eso sería muy poco filosófico), sino un mundo lleno de vida. El agua es vida y transmite vida. Tales imaginaba una realidad cambiante, dinámica, activa, como flotando sobre agua, porque se trata de una realidad viva. «Todo es agua» significa que todo está vivo. Y la vida se caracteriza por mantenerse viva. De esta forma, obtenemos la visión de un mundo que lucha por mantenerse. Esa lucha produce, como es lógico, heridas, quiebras, despojos, pero siempre acaba venciendo.

La quietud se presenta como la finalidad que sólo se halla en las alturas, en el cielo estrellado, regido por un movimiento uniforme, por una armonía imperecedera. Allá arriba está el firmamento, lo firme, lo que no cambia, lo que permanece inalterable a la lucha que aquí abajo libra la vida por mantenerse. Al fi-

lósofo no le queda otro remedio que mirar hacia lo alto, aun a riesgo de tropezar con el suelo. Así que se puede decir que, por contemplar el firmamento, Tales vio las estrellas.

El tropezón de Tales no es, por tanto, una simple anécdota, sino algo esencial al espíritu de la filosofía. Buscar lo firme, lo imperecedero, lo inmutable, constituye la tarea del filósofo. Esta misión requiere meter las narices muy a fondo, incluso dejarse las narices en el intento. Pero vale la pena intentarlo. Tras el primer tropiezo, el filósofo descubrió que lo que permanece es el agua, es decir, la vida.

Pero ¿por qué la vida permanece? Porque, aunque aparece en el mundo, no pertenece al mundo. La vida viene de allá arriba, del hogar de las estrellas, del firmamento que observaba encandilado el primer filósofo. La vida es, en ese sentido, «divina». Por eso, dicen que Tales decía: «Todo está lleno de dioses». La naturaleza entera, los hombres, los animales, las plantas, las montañas, los ríos, los mares y las piedras, tienen vida, están traspasados por lo divino, por la humedad primigenia que los vivifica, que los mantiene en su ser. Estar lleno de dioses, o de *daimones* o espíritus, como hay que traducirlo, significa que podemos descubrir una ley interna a la vida, una ley, en cierta manera, también «divina», que hace que el proceso cíclico de las estaciones restablezca continuamente el latido del universo.

Se cuentan muchas cosas, leyendas probablemente, de este intrépido explorador de los misterios de la naturaleza. Dicen que él mantenía que no había ninguna diferencia entre estar vivo y estar muerto. Muchos le replicaban: «Entonces, ¿por qué no mueres?». A lo que él contestaba, con la nariz muy alta: «Justamente por eso: porque no hay diferencia alguna».

Por todo ello, y mucho más que seguramente nos esconde la historia, a Tales de Mileto le corresponde el honor de ser considerado el primer filósofo, el primer hombre que indagó la causa última de todas las cosas, que metió, aun a riesgo de perderlas, las narices en estos asuntos.

Para meter las narices...

Para catar los primeros aromas se puede comenzar leyendo las páginas iniciales de alguna historia de la filosofía. Hay muchas: grandilocuentes, breves, eruditas, extensas, para aficiona-

dos y para expertos, difíciles y sencillas, profundas y esquemáticas. No recomendaré ninguna porque todo depende de las circunstancias del lector.

Parece ser que Tales no escribió nada. Sólo contamos con referencias de otros autores como Diógenes Laercio, Aristóteles o Plutarco. Véase al respecto G. S. Kirk y J. E. Raven, *Los filósofos presocráticos* (Gredos, Madrid, 1969). Obra bilingüe griego/castellano.

También las referencias y fragmentos de los primeros pensadores están en una edición de bolsillo preparada por Alberto Bernabé: *De Tales a Demócrito. Fragmentos presocráticos* (Alianza, Madrid, 1988).

Nos consta que Tales predijo el eclipse de sol del 28 de mayo de 585 a.C. Aparte de la anécdota referida, Aristóteles nos relata otra que tiene que ver con la discutida utilidad de los saberes teóricos: «Cuentan que una vez que unos le reprochaban, viendo su pobreza, la inutilidad de su filosofía, previó, gracias a sus conocimientos de astronomía, que habría una buena cosecha de aceitunas, cuando aún era invierno; y con los pocos dineros que poseía, entregó las fianzas para arrendar todos los molinos de aceite de Mileto y de Quíos, alquilándolos por muy poco cuando no tenía competidor. Y en cuanto llegó la temporada, los re-alquiló al precio que quiso y reunió un buen montón de dinero para demostrar que es fácil para los filósofos hacerse ricos, cuando quieren; pero no es por eso por lo que se afanan» (Aristóteles, *Política*, I, 11, 1259a).

Diógenes Laercio nos narra la muerte del primer filósofo: «Tales el sabio murió estando en unos espectáculos gimnásticos, afligido de calor, sed y debilidad propia, por ser ya viejo. En su lápida estaban inscritas estas palabras: “Pequeño pero brillante es este sepulcro, pues encierra la grandeza de los orbes celestes, que abreviados albergó en su entendimiento el sabio Tales”».

Un libro sugerente es el de Carlos García Gual: *Los siete sabios (y tres más)* (Alianza, Madrid, 1989), que ayuda a comprender la diferencia entre el sabio de la antigüedad y el filósofo. Tales participa de ambas categorías. Empezamos bien.

2. PITÁGORAS DE SAMOS

Husmeó sin pedir permiso en el interior del hombre

Cuentan que cierto día interrogaron a Pitágoras por su oficio y él contestó que era simplemente filósofo, literalmente: «amante del saber». ¡Vaya profesión! «Pero ¿qué hace un filósofo?, ¿de qué se ocupa?», debieron de volver a preguntarle. Para explicarse, el filósofo Pitágoras puso el siguiente ejemplo: hay personas que acuden a los estadios con diferentes propósitos: los unos van a competir, los otros a negociar, a vender frutos secos o a hacer de jueces; hay algunos, los llamados hinchas, que llenan las gradas porque quieren animar a sus atletas preferidos; pero también hay unas pocas personas, muy raras, todo sea dicho, que acuden a los espectáculos deportivos simplemente por ver lo que allí está pasando, por el placer de contemplar las competiciones. Estos últimos son los filósofos. No persiguen ningún interés particular, no buscan nada, sino únicamente satisfacer una curiosidad congénita. ¡Qué manera tan desinteresada de meter las narices!



La figura de Pitágoras de Samos (siglo VI a.C.) está envuelta en un halo de misterio: no sabemos si fue un sabio, un sacerdote o un maestro espiritual, ni tan siquiera si existió realmente. Lo que conocemos de él es el pensamiento de un grupo difícil de clasificar que se conoce con el nombre de pitagóricos. Parece que formaban una mezcla de escuela filosófica y secta mística, que vivían en comunidad y que se requerían ciertos ejercicios iniciáticos para ingresar en su logia.

Aquel enigmático personaje, conocido como Pitágoras, debió de ser una pieza clave en la transmisión de los misterios órficos hasta la Magna Grecia. En esta colonia griega al sur de la península itálica, se formaron los primeros y más importantes grupos de pitagóricos que, fieles a su maestro, y éste a los poemas de Orfeo y a las enseñanzas de Zoroastro, creían en la trans migración de las almas. El alma necesita ser purificada mediante un continuado ejercicio *catártico* consistente en una vida ordenada y ascética. Si al llegar la muerte quedan todavía en el alma restos de impureza, ésta deberá entrar en otro cuerpo, sea de hombre o de animal, dependiendo del grado de perfección o de corrupción en que se encuentre, hasta quedar totalmente inmaculada.

La tradición pitagórica nos ha transmitido la anécdota en la que Pitágoras recrimina a un hombre que estaba azotando a un perro, porque en sus aullidos creía reconocer la voz de un compañero muerto. Quizá el maestro conocía tan bien al discípulo que podía prever su canina reencarnación o tal vez el maestro quiso defender al pobre animal de las manos de aquel otro que no lo era menos. ¡Quién sabe con qué intenciones mete un filósofo las narices donde nadie le reclama!

Donde husmeó Pitágoras sin pedir permiso fue en el interior del hombre. Por su condición de filósofo, es decir, de contemplador desinteresado de la realidad, osó asomarse al misterio del alma humana. En ese terreno, la razón tuvo que aliarse con la religión, de ahí que resulte harto difícil hablar simplemente de filosofía pitagórica y que se haya de echar mano de otros sustantivos como pensamiento o seudoreligión. Como secta, el pitagorismo cuenta con una serie de creencias, normas y ritos, pero como escuela, pretende dar una respuesta racional a sus convicciones.

Los pitagóricos comparaban el cuerpo con una cárcel que enclaustra al alma. Lo corpóreo es pesado, imperfecto, inclinado al mal; el alma, en cambio, tiene alas y quiere volar muy alto,

hasta la morada de los dioses. Por eso, todo lo que procede del primero sólo puede traernos la perdición; como la nieve en las ramas, hace que nos encorvemos hacia nuestra parte menos humana, más animal. El alma, que tiende por naturaleza a las alturas, se siente prisionera en un cuerpo que la mantiene a ras de suelo. Lo sensible, por tanto, nos corta las alas y nos aleja de nuestro destino. La forma que vieron los pitagóricos de liberar al alma de semejante esclavitud fue someter al cuerpo a una tal disciplina, a una tal vigilancia que, aunque exigiera a gritos satisfacer sus necesidades, sólo a duras penas se le concedería.

Pero la forma más elevada que tiene el hombre de liberarse de lo sensible, una vez controlados los ejercicios del ascetismo, es la contemplación mediante la filosofía (*theorein*). El filósofo es capaz de descubrir los secretos del universo, que en definitiva consisten en revelar el origen del orden y la armonía de la naturaleza. Sólo quien alcanza este conocimiento puede lograr que en su interior reinen la misma paz y la misma concordia que rigen el universo.

Para los prosélitos de Pitágoras de Samos, son los números los que encierran la clave de la armonía que reina en el cosmos. Las leyes que gobiernan la naturaleza se reducen a proporciones matemáticas; quien las conozca, dispondrá de un saber sobre el origen de lo real, será capaz de escuchar la música celestial e imitará en su espíritu el orden del universo. Sólo queda decir que será feliz porque su alma estará hermanada con el todo y liberada, por tanto, de la individualidad a la que le obliga su unión con el cuerpo.

Algunas de las opiniones de los pitagóricos escandalizaron a los antiguos, sobre todo las relativas al sentido místico de los números, al rechazo del geocentrismo y al concepto de «antitierra». Creían que en el centro del universo hay fuego y que la tierra es una estrella más, cuyo movimiento alrededor del fuego central genera la noche y el día. Pensaban que existía otra tierra opuesta a ésta, a la que llamaban «antitierra». Aristóteles, tras exponer estas extrañas teorías, critica a los pitagóricos diciendo que «en vez de buscar razones y causas a los fenómenos, tratan de atraer los fenómenos a sus razones y opiniones, en un intento de que se adapten a ellas».

Se ve desde un buen principio que eso de meter las narices no sólo resulta peligroso, sino que también genera polémica. La historia de la filosofía está llena de estas pacíficas batallas.

Para meter las narices...

Resulta curioso leer las normas que tenían los pitagóricos. Se pueden encontrar en el *Protréptico* de Yámblico. He aquí algunas:

- «4. Desvíate de los caminos reales y camina por senderos.
8. El fuego no lo avives con un cuchillo.
10. Al hombre que trata de levantar un fardo, ayúdalo a levantar, pero no unas tus fuerzas al que va a dejarlo en el suelo.
11. Al calzarte, presenta primero el pie derecho, al lavarte los pies, el izquierdo.
12. De temas pitagóricos no hables sin luz.
15. No orines en dirección al sol.
17. Cría un gallo, pero no lo sacrifiques, pues está consagrado a la luna y al sol.
22. No llesves anillo.
24. No te mires al espejo a la luz de una lámpara.
26. No te dejes poseer por una risa incontenible.
31. No comas sesos.
32. Escupe sobre el pelo y las uñas que te hayas cortado.
34. Borra la huella de la olla sobre la ceniza.
37. Abstente de las habas.»

También Giovanni Boccaccio nos recuerda «el precepto pitagórico mediante el cual se tomaba la precaución de que nadie, al entrar en su escuela, abriera la boca para hablar sobre los filósofos antes de haber escuchado durante cinco años» (*Genealogía de los dioses paganos*, Libro XIV, cap. III).

El pitagórico Hipaso de Metaponto descubrió que la raíz cuadrada de 2 no podía expresarse en un número racional. Aquella contrariedad puso en jaque al sistema racionalista de la escuela, con lo que se decidió expulsar a Hipaso. Ocurrió entonces que cuando el excomulgado regresaba a su ciudad natal, su barco naufragó y murió, algo que los pitagóricos consideraron como un castigo divino por haber removido demasiado hondo.

Existe una obra muy interesante, que lleva por título: *Diálogo que trata de las transformaciones de Pitágoras, en que se enstrduze un çapatero llamado Micillo e un gallo en cuya figura anda Pitágoras (sic)*, tradicionalmente atribuida a Cristóbal de Villalón, aparecida en 1530-1535. En ella se presenta Pitágoras, en forma de

gallo, a un zapatero llamado Micillo y le da sabios consejos. Le cuenta cómo su alma fue entrando en diversos cuerpos; en un principio, se encontraba en el cuerpo del soldado Euforbio, un troyano que luchó contra los griegos; más tarde vino a ser Pitágoras; después Dionisio, rey de Sicilia; Epulón, el rico; un asno; una rana; una ramera llamada Clarichea; un mulo; un pavo real y, por fin, un gallo (*Diálogo de las transformaciones de Pitágoras*, Edición de Ana Vian Herrero, Sirmio-Quaderns Crema, Barcelona, 1994).

No cabe duda de que Pitágoras, si es que realmente existió, fue todo un personaje. Así lo muestran estas líneas escritas a finales del siglo xv por Angelo Poliziano: «Oí hablar una vez que hubo en Samos un maestro de jóvenes que iba siempre vestido de blanco y con una gran melena. Era famoso porque tenía un muslo de oro y había nacido y vuelto a nacer muchas veces. Se llamaba Ipse —él mismo—. Así le llamaban también sus discípulos. Tan singular era que apenas admitía a sus discípulos a su escuela, les arrancaba la lengua. Y estoy seguro de que si escucháis los consejos que daba, os mearéis de risa...» (Angelo Poliziano, *Lamia: Praelectio in Priora Aristotelis*, I; lección inaugural del curso 1492-1493, conocida también como *La bruja*).

Métanse las narices, por curiosidad, en el «Discurso de Pitágoras», que escribe Ovidio en el Libro XV de las *Metamorfosis*. Del maestro de Samos dice el poeta romano que «lo que la natura negaba a la vista humana, él lo veía con los ojos del alma».